





GUERRA DE SERPIENTES
y otras leyendas americanas

D. R. © del texto: Ana María Shua, 2015

D. R. © de las ilustraciones: Diego Moscato, 2015

D. R. © Ediciones Santillana S. A., 2015

D. R. © Santillana Educación México, S. A. de C. V., 2026
Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias
03240, México, Ciudad de México

Primera edición: febrero de 2026

ISBN: 978-607-585-232-4

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de manera total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx



Guerra de serpientes y otras leyendas americanas

Ana María Shua

Ilustraciones de Diego Moscato

loqueleg®

Los mitos, las leyendas, los pueblos y la gente

La palabra *leyenda* se usa con muchos significados diferentes. Por ejemplo, uno puede decir que Enzo Francescoli es una leyenda de River. O que Martín Palermo ya es una leyenda de Boca. En casos así, quiere decir que se está hablando de una persona muy conocida y muy importante, que se considera fundamental en la historia de un cuadro de fútbol, un país, una provincia o cualquier otro grupo humano.

También hay leyendas históricas, que se basan en hechos o personajes que existieron de verdad a los que, a veces, con el tiempo, se les atribuyen situaciones sobrenaturales.

La mayor parte de los mitos y leyendas de este libro son de otro tipo. Tratan de explicar cómo y por qué el mundo es así. Cuando no existía la ciencia, esos relatos eran la única explicación disponible.

A las personas no nos basta con existir: además queremos entender. Todos los pueblos del mundo se han preguntado cómo apareció el mundo, quién inventó a los seres humanos, por qué el Sol brilla de día y la Luna de noche, de dónde salieron los animales y las plantas. Los mitos son las historias que responden a esas grandes cuestiones generales.

Pero, junto a estas grandes preguntas, también nos interesa entender cuestiones más pequeñas: por qué los loros tienen el pico torcido, cómo puede ser que las víboras no tengan patas, de dónde sale esa montaña con forma de persona acostada, por qué el mar es salado. Y son las leyendas las que se ocupan de darle a la gente todas esas explicaciones en relación con la vida cotidiana.

Los mitos y leyendas que cuento en este libro nos hablan de las creencias, los miedos, los sentimientos y las fantasías de varios pueblos originarios de América. Son pueblos que tienen mucho en común. Por ejemplo, la forma terrible en que fueron exterminados, en parte por la Conquista y en parte por las nuevas enfermedades que trajeron los europeos a estas tierras. Aunque algunos fueron destruidos mucho después, en las guerras

de fines del siglo XIX, cuando las jóvenes naciones americanas se propusieron dominar todo su territorio. Muchos se mezclaron con los europeos, a veces a la fuerza. Y otros sobreviven hoy, luchando por defender lo que queda de su idioma, su religión y sus costumbres.

Todos, desde los yámanas de Tierra del Fuego hasta los inuits de Alaska (a los que antes les decíamos esquimales), se llaman o se llamaban a sí mismos “seres humanos”. No todos eran agricultores, pero los que cultivaban conocían el maíz, una planta totalmente americana. El maíz era tan importante para su subsistencia que cada uno de estos pueblos tenía leyendas o mitos (a veces la diferencia es muy sutil) que explicaban su aparición en la Tierra. Muchos, la mayoría, comparten el mito del diluvio, la destrucción de la humanidad por el agua, que cada pueblo cuenta a su manera. ¿Será que alguna terrible catástrofe natural sucedió en realidad, en tiempos remotos? En este libro encontrarán dos terribles inundaciones muy diferentes entre sí: la que cuentan los mapuches de Chile y Argentina, y la que cuentan los huicholes de México.

Entre los pueblos originarios, la adolescencia no existía. Cuando las chicas llegaban a la edad en que podían quedar embarazadas, y los varones llegaban a la edad en que eran capaces de cazar y pescar para su familia, se casaban, tenían hijos y se convertían en personas adultas.

En América hubo naciones que estaban en etapas muy distintas de su avance tecnológico: desde pueblos nómades que tenían una cultura muy simple, vivían semidesnudos y no sabían cultivar la tierra, como los yámanas, hasta complejas civilizaciones que crearon grandes ciudades y dominaron a otros pueblos, como los incas, los aztecas y los mayas.

Pero todos miraban al cielo. Todos conocían las fases de la Luna y la forma de las constelaciones. Todos trataban de explicarse el porqué de los eclipses y las tormentas, la mandioca y los mosquitos. Todos tenían ricos, interesantes y complejos mitos y leyendas.

En este libro reuní y relaté a mi manera catorce mitos o leyendas de pueblos que habitaron o habitan todo el continente americano, desde el extremo sur hasta el extremo norte.

El lobo marino

Leyenda de los yaganes o yámanas,
pueblo originario de Chile y Argentina

El campamento yámana estaba muy cerca de Wuj-yasima, una de las caletas que se abrían en la costa acantilada de Tierra del Fuego. Pero los yámanas no pasaban mucho tiempo en sus refugios de tierra, hechos de paja, ramas y cueros de lobo marino, que les servían solamente para dormir o para protegerse de las tormentas. Eran canoeros: el mar era su lugar en el mundo. Vivían casi todo el tiempo en sus canoas, pescando y cazando lobos marinos y hasta pequeñas ballenas. Toda la familia navegaba en sus grandes canoas de corteza, que tenían arena en el medio para poder llevar con ellos también el fuego.

Esta es la historia de una chica yámana que no le tenía miedo al mar. Era una gran nadadora, como todas las mujeres de su pueblo, que nadaban mucho mejor que los hombres. Cuando los varones

arponeaban y mataban con sus lanzas algún lobo marino, eran ellas las que se lanzaban al mar para atrapar la presa y llevarla hasta la canoa.

La muchacha salió un día sola a divertirse con las olas. Cuando el mar las retiraba de la orilla, ella las perseguía; cuando la rompiente se le venía encima, la chica se escapaba corriendo y riendo. No se imaginaba que alguien estaba mirando fijamente, con amor, su cuerpo joven. Y menos todavía podría haberse imaginado que su enamorado era un lobo marino.

De golpe una ola más grande o más fuerte que las demás hizo caer a la muchacha, que asomó entre la espuma riendo feliz y miró a su alrededor buscando la orilla.

Un enorme lobo marino nadaba a su lado. No se asustó, porque sabía que no atacan a la gente. Muchos como ese, arponeados por su padre, había ayudado a subir a la canoa, ¡muchos se habían comido ella y su familia! Su ropa estaba hecha de pieles de lobo, que servían además para cubrir su refugio, y también eran de lobo marino la grasa con que se untaba el cuerpo antes de meterse en el agua helada, los nervios y tendones con que ataban la

canoa familiar, y hasta la correa que usaban para sujetar los arpones.

Pero este animal era muy distinto de los que cazaban todos los días. Aunque no parecía agresivo, cuando la chica trataba de nadar hacia la playa de la caleta, el lobo se le ponía delante y no la dejaba pasar. Casi sin darse cuenta la chica se encontró de pronto mar adentro, muy lejos de la costa. Ahora empezaba a sentirse cansada y con frío. Sin pensarlo, para descansar un poco, se apoyó en el grueso lomo del animal. Estaba suave y tibio. La muchacha lo abrazó para sentir su calor.

Así, poco a poco, sin que pudiera evitarlo, el lobo marino la fue arrastrando por millas y millas hacia un lugar desconocido. Por el camino la chica fue comprendiendo que el animal no quería hacerle daño, y se sintió extrañamente atraída hacia él.

Por fin llegaron a una lejanísima roca, donde había una cueva. Allí dejó su carga el lobo y, a su manera, le ofreció su amor. La muchacha se dio cuenta de que no tenía otro remedio que aceptarlo por marido. Sin su ayuda jamás podría volver adonde estaban los suyos. Y así comenzó ese extraño matrimonio, que no fue más desdichado que otros.

Una de las cosas que más extrañaba la chica era el fuego, y eso era algo que el lobo no podía entender. Él se comía, como siempre, mientras nadaba, los peces todavía vivos, y todos los días le traía a su mujer una buena pesca. Pero para ella fue duro acostumbrarse a comer pescado crudo como único alimento. Ni siquiera había una buena playa donde mariscar: extrañaba las cholgas, las centollas y los caracoles que recogía con las demás mujeres yámanas. En otros aspectos era muy buen marido y la mujer llegó a quererlo mucho.

El viejo lobo nunca pudo aprender a hablar, pero en cambio la escuchaba con amor y con atención, como si la entendiera (y quizás la entendía). Tuvieron un hijo. Después del parto, la mujer miró con angustia a su cachorro. ¿Sería persona? ¿Sería foca? Era un bebé humano perfectamente normal, con cinco deditos en cada mano y en cada pie, solo que estaba cubierto de pelo como las focas. La mamá pensó que así estaría siempre abrigado y no necesitaría ropa. Un año después se puso muy contenta cuando su niño empezó a pronunciar las primeras palabras. ¡Por fin tendría con quien conversar!



Y así fue. La madre y el hijo hablaban mucho, ella le contaba sobre el mundo de la gente, le hablaba de sus abuelos, de sus amigos, sus parientes, le describía el fuego, que para ella era tan importante y el chico no había visto nunca.

—No solo se usa para cocinar el pescado, ¡y si supieras lo rico que queda! El fuego sirve también para reunirse alrededor y contar historias.

—Mamá, ¿qué es cocinar? —preguntaba el chico.

El viejo lobo se daba cuenta de que su mujer extrañaba mucho a su gente y un día decidió darle el gusto de volver de visita a su casa. Con su mujer y su hijo abrazados a su cuerpo, para que sintieran menos el frío de las aguas heladas, nadó lo más rápido que pudo hasta llegar a la playa de piedras de Wuj-yasima y allí los dejó. Sabía que le convenía alejarse a toda velocidad para escapar a los cazadores yámanas, que recorrían la costa en canoas, con los arpones listos para clavarlos en su cuerpo. Pero su mujer y su hijo estaban allí y el lobo marino nadaba hacia atrás y hacia delante esperándolos, sin decidirse a dejarlos. Finalmente salió a la playa a descansar. Estaba seguro de que su esposa lo quería mucho y confiaba en ella.

Los padres de la muchacha todavía estaban vivos. Cuando la vieron llegar después de varios años no sabían si era realmente ella o su fantasma. ¡Hacía tanto que la habían dado por muerta! Con una mezcla de abrazos y empujones, la muchacha los convenció rápidamente de que no era ningún fantasma. ¡Qué enorme alegría! El campamento estaba de fiesta. La muchacha contó su historia. Sus parientes y amigos le presentaron a los nuevos integrantes de la tribu que habían nacido desde su partida, le hablaron de los que habían muerto y se sorprendieron con ese extraño niño cubierto de pelo que miraba el fuego con admiración y sorpresa sin poder sacarle los ojos de encima.

—¿No te olvidaste de cómo pescar mejillones? —le preguntaron a la muchacha sus amigas—. ¿Vamos todas a buscar erizos y centollas?

—¡Claro que no me olvidé! ¡Ya verán! —dijo la muchacha.

Y entre risas y bromas subió a la canoa con las otras mujeres, mientras su hijo se quedaba con los hombres, a cargo de su abuelo y jugando con los otros niños.

Entretanto una excelente noticia llegaba al campamento. ¡Un viejo lobo marino se había atrevido a descansar en la playa! Era raro que una foca se animara a acercarse tanto a un grupo de humanos. Los lobos son ágiles y rapidísimos en el agua, pero en tierra son lentos y torpes. Los yámanas necesitaban carne, como siempre. Un grupo de cazadores corrió a la playa. Cortándole el paso para no dejarlo meterse otra vez en el agua, acosaron al animal, lo rodearon y finalmente lo mataron con sus lanzas de puntas dentadas, hechas de hueso de ballena.

Allí mismo lo desollaron, cortaron en trozos la grasa y la carne, la llevaron al poblado y la pusieron a asar sobre las brasas. El aroma era delicioso. Los niños saltaban y bailaban alrededor del fuego. Cuando estuvo cocida, cada uno de los hombres se sirvió un trozo. Les dieron también su parte a los chicos y, por supuesto, convidaron al visitante. El niño-foca nunca había probado algo tan rico. ¡Tenía que guardar un pedazo para su mamá!

En ese momento la canoa de las mujeres tocó tierra. Todas saltaron afuera y arrastraron la embarcación playa adentro. El niño, todavía con la boca llena, corrió a meterse en el agua: quería convidar a

su madre con un pedazo de foca asada que había reservado para ella.

La mujer olfateó el aire y de inmediato comprendió lo que había sucedido. Ya le había llamado la atención al acercarse no ver a su marido nadando cerca de la costa. En ese momento su hijo se le acercó con un trozo de carne en la mano. En un impulso, la muchacha sacó un erizo de su cesta y golpeó la frente del niño, que había probado sin saberlo la carne de su propio padre. Los erizos de mar en esa zona son grandes como manzanas y tienen gruesas púas afiladas.

El golpe no fue fuerte, pero el niño cayó instantáneamente al agua, convertido en un pez de las rocas, y se escapó nadando. Es por eso que en Tierra del Fuego todos los peces de las rocas tienen hoy la cabeza achatada y llevan en la frente las marcas que le dejaron al niño las púas del erizo.

Mientras las otras mujeres se acercaban al fuego para comer asado de foca, la esposa del lobo marino se sentó sola en la playa llorando a su querido compañero y a su hijito perdido. Cuenta la leyenda que nunca, en todo el resto de su vida, quiso volver a casarse con un hombre.